

Cuando me pidieron intervenir hoy, en este evento que conmemora el día internacional de la mujer, mis reflexiones como mujer y académica de los estudios de género, me llevaron a identificar varios elementos importantes de mi trayectoria personal.

El día que me enteré que había pasado el examen para ingresar a la Universidad Nacional y estudiar Derecho en Bogotá, me sentí afortunada por ser una de las 60 personas, de entre más de 400 que competían conmigo por un cupo de ingreso a la universidad pública en Colombia, debo confesar que hasta el momento no entendía porque estudiar en la Universidad era y sigue siendo tan difícil. Con el pasar del tiempo me fui enterando, que en nuestro país estudiar en la universidad es un compromiso con los demás, con los que no ocuparon tu lugar, entonces comprendes que estudias para que un día: exista un mayor acceso a la educación superior en el país, para que un día el presupuesto de la Educación sea superior al de la guerra, para que exista mayor inversión en la investigación académica, para que se creen subsidios y poder estudiar tranquilamente, ya que estudiar y trabajar es insostenible, pero te sostienes, para que las fotocopias sean más baratas, para que se acabe la guerra, para que el Estado no te persiga por tu ideas, para que haya una reforma agraria en el país, para que los obreros tengan mejores condiciones laborales, para que las comunidades indígenas sean reconocidas materialmente, e incluso para trabajar horas extras en los salones de clases porque hay que reponer las clases perdidas por los mismos paros estudiantiles.

Con el paso del tiempo en los pasillos de mi Facultad encontré que todas estas demandas tenían un rostro que las representaba, entonces empecé a quedarme solo con algunos dilemas. El primero de ellos lo encontré en la mitad de mi carrera entre los estudios de profundización y las preguntas que me quedaron sin rostro, mantenía la preocupación de que algunos de mis profesores más antiguos no entendían el tema de reconocer la unidad diversa de la Nación, por la pluriethnicidad, y que en los grupos de estudio tratas de explicar a tus compañeros seguidores de muchos de estos profesores, porque confieso que las batallas con mis profesores de entrada ya estaban perdidas y preferí no librarlas. Cómo es que la mitad de la población piensa diferente, siente diferente y se comporta diferente y que el haber reconocido eso nos permitía estar sentados en la misma mesa. Hasta el momento, creo que para los estudiantes que veníamos de región y en especial quienes teníamos contacto con alguna de las 102 comunidades indígenas o con las regiones afrocolombianas que existan en todo nuestro país era más fácil comprenderlo, solo había visto que esta diferencia estaba marcada por la cultura. La batalla por reconocer la cultura y la identidad del otro no solo tuvo que librarse en la academia, también se trasladaba conmigo cuando volvía a mi hogar, ubicado en la punta del suroccidente de Colombia, en donde la discriminación por el indígena y el afrocolombiano no se debate en el campo de la ideas sino que se traslada a las desigualdades sociales.

El segundo dilema con rostro pero sin fundamento académico era el de ver haber visto a las mujeres ser protagonistas de sus propias historias, pero que seguían siendo visiblemente invisibles. Durante el consultorio jurídico tuve que ser la abogada de un hombre muy joven que había sido demandado por alimentos, porque no cumplía con su obligación como padre, el día en que debía asistir a la audiencia escuche a la mujer que había demandado a mi defendido, ella contó su historia, dijo que había sacado a su hija adelante sola, que trabajaba y estudiaba y que ahora había entendido lo que era estar felizmente casada, pero que se había decidido a demandar no por el dinero sino porque ahora el susodicho no le permitía cambiar el apellido de la niña, aún cuando no había participado nunca como padre, este caso fue la muestra real de los muchos otros demandados que tenía que representar por este motivo, y de quienes conocí sus historias a través de los expedientes judiciales. Agradezco que en éste, en particular, cuando apareció mi defendido, la jueza comprendió mi dilema moral y resolvió el caso de la mejor forma posible, casi no tuve que hacer defensa. En muchos de los otros casos pensé en declararme impedida pero no lo hice porque sabía que no podía ajustar las causales de impedimento en fundamentos jurídicos, como decir jurídicamente: que me identificaba y comprendía la historia de la mujer porque tuve que escuchar esas historias toda mi vida de las mujeres de mi región, de mis compañeras de clase, de la señora de la tienda de la esquina, de todas partes y que siempre me pareció injusto lo que pasaba, o que era mujer y que no podía defender a un hombre, o que me gustaba la dignidad y la fortaleza de esa mujer para hacer todo lo que había hecho. En este punto comprendí que los estudios académicos eran cortos a la hora de fundamentar las diferencias entre ser una abogada y un abogado, creo que si hubiese sabido que en este caso lo que pesaba eran las construcciones sociales del género, me hubiese sido más fácil defenderme como profesional.

El tercer dilema nació en respuesta al legado de vivir en un país de Latinoamérica en donde existe una fuerte tradición de movilización social y de pensamiento colectivo, creo que en la mayoría de las universidades latinoamericanas es donde mejor vives la historia del continente, escuchas mitos, ritos e hitos que te hablan sobre las colonias, las independencias, las identidades nacionales, los nuevos Estados, las nuevas constituciones, etc. Te permites leer a un sinnúmero de académicos latinoamericanos, y vas encontrando los nombres de las mujeres por doquier: Bartolina Sisa, Juana Julia, Anacaona, Pagú, Lola Cendales, Elizabeth Lobo, Marcela Lagarde, Gioconda Belli, Virginia Gutierrez, Francesca Gargallo, en fin. Algunas de ellas las conoces como académicas, otras como poetas y otras simplemente como parte de la historia. Gracias a éstas y otros más autores como Fals Borda y Paulo Freire, comprendí que en América Latina los dilemas, son saberes colectivos: sabes que el otro es diferente a ti por la raza, por la clase, o por el sexo, pero también sabes por sobre todas las cosas que quien utiliza este saber para discriminar y oprimir al otro lo hace por ignorancia. El leer sobre las disertaciones académicas en América Latina sobre el conocimiento y lo que se ha denominado el pensamiento propio colectivo, que te sitúa en la realidad, me ayudó a fundamentar el porqué era importante incluir dentro de mis estudios las reflexiones personales que solo la realidad del continente te suele dar. Es ahí cuando comprendes que tu sueño individual de estudiar en la universidad se vuelve colectivo

Así entendí que era importante estudiar el porqué muchas de las desigualdades que existen en Colombia hoy, son simbólicamente representadas en cuerpos de mujer. Creo que en parte la realidad de la guerra que se vive en Colombia fue un cuarto componente que me permitió inclinarme hacia los estudios de género, ya que en el marco de los conflictos es donde más se exacerban la discriminación contra los otros, que se considera más débiles, en este caso las mujeres.

Hoy quiero agradecer a la Universidad de Valencia y al Instituto de la Dona por permitir desarrollar y ampliar mis estudios sobre las mujeres, gracias a la creación de becas como la de mujer y desarrollo que me permiten estar con vosotros, por crear oportunidades de estudio para mujeres de otros continentes y compartir y aprender nuevas reflexiones, así como abrir un espacio para hablar desde la perspectiva de una estudiante y estar sentada con ustedes en esta mesa.

Uno no escoge el país donde nace;  
pero ama el país donde ha nacido.

Uno no escoge el tiempo para venir al mundo;  
pero debe dejar huella de su tiempo.

Nadie puede evadir su responsabilidad

No escogimos el momento para venir al mundo:  
Ahora podemos hacer el mundo  
en que nacerá y crecerá  
la semilla que trajimos con nosotros.

Gioconda Belli